

Cuento Poesía Imagen Ensayo Diálogo

**D**

**DIÁLOGO CON  
VICENTE ROJO:**

**El escritor que no escribe.**

A Vicente Rojo le gusta trabajar en series largas que incluyen pintura, escultura y proyectos editoriales. Cuando vio su primera serie –*Señales* (1966-1972)–, publicada en un libro, sintió tal inquietud que decidió intentar inmediatamente otra cosa. Su segunda serie sería *Negaciones* (1971-1974), en ella quiso inventar a otro pintor: uno que pintara totalmente distinto. Aunque, desgraciadamente, ese otro artista también tendría que llamarse Vicente Rojo. En 2006 comenzó a trabajar en su séptima serie: *Escrituras*.

–¿Tienes textos inéditos o un diario escondido en el fondo de algún cajón?

Es el penúltimo miércoles de octubre a las seis en punto. Sobre un par de mesas hay varios bocetos de sus *Alfabetos horizontales*. En otra, prototipos de esculturas de sus *Alfabetos verticales*. Nos sentamos en una mesa en la que no hay nada y que probablemente despejó para nuestra entrevista.

–No, de ninguna manera, yo no me considero escritor. Yo no me despierto y digo: “Uy, voy a escribir sobre esto”. No, no, no.

–Pero acabas de publicar tu *Diario abierto* con un montón de textos tuyos.

En las paredes descansan varias pinturas en proceso y cartones con pedazos de *masking tape*. También hay objetos de todo tipo: frascos vacíos, figuras geométricas de madera, cajas de envíos de

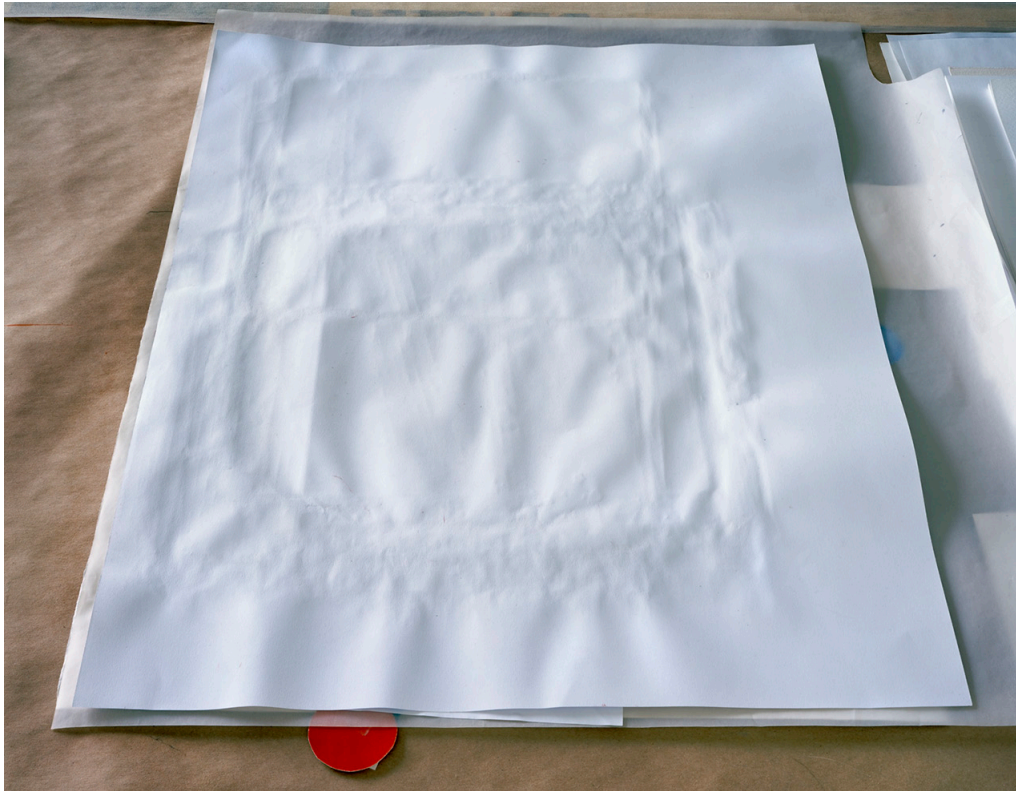


Foto: Nicola Lorusso

**Amazon, diversas herramientas de trabajo y otras tantas cosas indescifrables. Afuera llueve, pero adentro no se escucha nada, su estudio es una cápsula completamente en silencio.**

**–Es muy difícil, le tengo un enorme respeto a la escritura, todo lo que está ahí es porque me lo han pedido. Cuando veía que podía hacer algo decía que sí. Lo que he escrito ha sido siempre sobre amigos y lo he hecho con gusto, pero no tengo ninguna veleidad literaria. Además, es un librito de 80 páginas con textos desde los setenta, así que imagínate, me tomó 40 años escribirlo.**

–Tal vez no te consideres escritor, pero has trabajado con letras, palabras y su relación con las imágenes toda tu vida, ¿cuál es tu recuerdo más lejano haciendo cosas con palabras?

–De niño me gustaba mucho el cine, era la única expresión artística a la que tenía acceso en España y en mi casa diseñaba – sin saber lo que eso significaba porque el ‘diseño gráfico’ empezó a llamarse así hasta los años sesenta– anuncios de las películas que veía. Hacía las letras, dibujaba las caras de los artistas.

–¿Te acuerdas de qué películas hiciste un anuncio?

–No solamente me acuerdo sino que tengo los anuncios conmigo, me traje unas 8 o 12 láminas. Son diversas películas, por ejemplo: *El fugitivo*, que me encantó siempre, o una película inglesa que se llama *Larga es la noche*, con James Mason; tengo también *El arco del triunfo* con Ingrid Bergman, en fin...

–¿No has pensado en publicarlos?

–No, nadie los ha visto nunca. Yo lo hacía de forma inocente porque me atraía mucho el cine y me gustaban los anuncios de los periódicos, que entonces eran todos muy elementales. Pero nunca me imaginé que iba a dedicarme a eso, tenía 15 años.

–Si no eres escritor, ¿eres pintor y diseñador de escrituras?

–He trabajado dos caminos en forma paralela: lo que se conoce

como diseño gráfico y lo que se conoce como artes visuales: pintura, escultura y grabado. Siempre he pensado que hay elementos que pasaban del diseño a mi pintura (para simplificar) y elementos que pasaban de mi pintura al diseño, aunque son caminos totalmente opuestos. Pero que por ser opuestos, creo, se complementan. Es un juego. El diseño gráfico es un arte aplicado, tiene que cumplir una función: si es una portada de un libro o un libro completo pues tiene que cumplir la función de que el libro se lea. Es decir, hay una serie de premisas que hay que cumplir y yo siempre traté de cumplirlas lo mejor que podía. No siempre salieron bien pero sí lo mejor que yo podía hacerlo. Por otro lado, para mí, la parte de la pintura, escultura y grabado es todo lo contrario. Yo no tengo ahí ningún tipo de compromiso con nadie ni con nada, más que con mi propio trabajo. Es decir, el diseño gráfico me permitía tener los pies en la tierra –cosa que para mí es muy importante– porque me parecía que lo que yo hacía era útil. En cambio, lo que he hecho a partir de la pintura ha sido todo lo contrario, tratar de borrar, de inventar, de engañar, de mentir, de jugar, de distraerme, de divertirme, de sufrir.

Vicente diseñó cientos de portadas, carteles, suplementos culturales, un periódico, tipografías y muchas cosas más. No por nada David Huerta dijo que él le dio una imagen a la literatura mexicana. Aunque Vicente no cree que también es escritor, su serie de *Escrituras* lo desmiente: “Tengo Frases, Alfabetos primitivos, Alfabetos secretos, Alfabetos lineales, Alfabetos urbanos... ahora estoy haciendo Primeras letras.” Aunque desde luego, no se trata de un escritor tradicional. En 2010, Marco Perilli y

Roberto Rébora le propusieron un proyecto. Le dieron una serie de preguntas a las que él tenía que responder con imágenes. El resultado fue una conversación que se publicó con el título *Jaque mate*, un pequeño y hermoso libro que se agotó muy pronto y que este año se reeditó.

–Me pidieron una conversación contigo sobre la conversación que tuviste con ellos, tengo que hacer la entrevista de la entrevista.

–Pues a ver cómo le haces.

Vicente Rojo dice que nació dos veces, una en Barcelona y otra en México, cuando llegó exiliado a los diecisiete años. “Tuve una infancia muy difícil, muy dura, que no olvido, pero al llegar a México se me abrió la vida.” Su primer nacimiento estuvo marcado por los horrores de la guerra y el segundo por la libertad. “Soy mexicano aunque no he perdido la ‘z’. Sería relativamente fácil hablar como mexicano, pero me parecería un poco falso. La ‘z’ me marca, pero todo lo que he podido aprender y hacer lo he aprendido y hecho en México.”

–¿Le hiciste cambios a la nueva edición de *Jaque mate*?

–Sí. Originalmente, cuando contesté las preguntas, utilicé páginas cuadradas y algunas de mis respuestas pasaban de una página a la otra. A pesar de que me he pasado la vida haciendo libros no me di cuenta de que al abrirlo las páginas no quedaban tan abiertas como yo las había hecho porque tenían otro formato, entonces

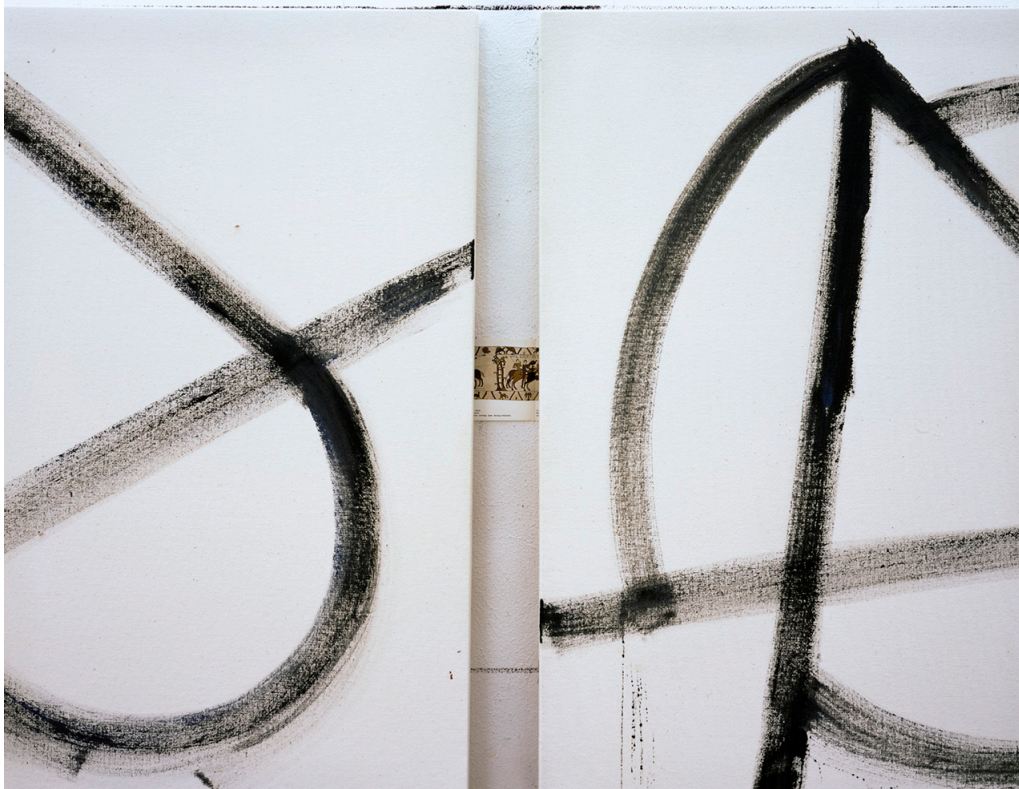


Foto: Nicola Lorusso

sentí que había ciertas cosas se perdían. En esta nueva edición pensé que lo que podíamos hacer era un libro del doble de ancho y que ese juego de las dos páginas se viera tal como yo lo había planeado. Creo que ahora el libro tiene una presencia más clara respecto a mi primera idea.

–En 2010, cuando te dieron las preguntas, ¿recuerdas si hubo alguna que no pudiste contestar?

–Supongo que sí, pero hice alguna broma o alguna trampa.

–Te saliste por la tangente.

–Exacto. El juego lo permitía.

–¿Respondiste intuitivamente o pensabas mucho en qué poner?

–Yo creo que todo lo que yo he hecho siempre ha sido intuitivo, aunque muy meditado. No sé si eso sea también un contrasentido. Está muy meditado, pero nunca he tenido una teoría sobre lo que estoy haciendo, he trabajado con libertad absoluta.

–Voy a poner un ejemplo, en la pregunta: “Narración o descripción, es la clásica dicotomía del escritor. En tu caso, ¿cómo resuelves el dilema?”, respondiste poniendo tu huella digital, ¿no hay un por qué detrás de ese gesto?

–No, no lo hay. Estaba pensando que una huella digital dice algo del dueño de la huella, ¿no crees? Estaba diciendo: “Aquí estoy y no sé nada más”.

“Tengo una claustrofobia pavorosa”, me confiesa Vicente. “Me vino a los cuarenta años. Supongo que es alguna referencia a las experiencias de España.” Es por eso que Vicente no utiliza elevadores, “No me subo a un elevador ni siquiera un piso” y para viajar en avión (cuando viajaba, ahora por cuestiones de salud no sale del país) tenía que usar pastillas para dormir. En 1913, Filippo Tommaso Marinetti escribió *Las palabras en libertad*, un texto que cimentó el Manifiesto de la Literatura Futurista. En él,



Marinetti imagina cómo narraría sus impresiones un amigo que acaba de volver de la guerra: “Comenzará por destruir la sintaxis al hablar”, escribe, y continúa diciendo que no le importará la puntuación ni la adjetivación, que arrojará al vuelo sensaciones visuales, auditivas, olfativas, que su narración no será más que una serie de palabras inconexas, una tras otra; porque las palabras y letras conocidas no alcanzan a decir lo que este amigo hipotético necesita. Aunque las intenciones de los futuristas fueron en muchísimos sentidos distintas a las de Vicente, la ilegibilidad de sus *Escrituras* y su historia personal de exilio me recuerdan a ese texto de Marinetti, pienso en una posible conexión entre ellas, pero esa es una interpretación personal.

—¿Eso de inventar alfabetos cómo empezó?

—A veces me preguntan ¿cómo sabes que una serie se acabó? Hay muchos artistas que trabajan con series, pero a lo mejor van y vienen de una a otra. Yo cuando cierro una serie ya no vuelvo. Para nada. De pronto en la serie empiezan a haber elementos que están perturbando y me doy cuenta de que algo se está abriendo. Por ejemplo, hice esa serie que se llamó *Escenarios*. En ella había muchos temas y uno de los temas era *Volcanes*. Un día, a uno de ellos le puse como título *Volcán escrito* y se me hizo raro: ¿por qué le habré puesto así? Entonces me di cuenta que me interesaba más la escritura de ese volcán que el volcán. Yo había pensado que ya no haría más series porque una que se llamara *Escenarios* me lo permitía todo. Pero ya ves, a partir de ese volcán escrito empecé las *Escrituras*.

–Pero tus *Escrituras*, por decirlo de alguna manera, son un poco disfuncionales.

–Sí, son totalmente falsas, por decirlo de otra. Algo que se acerca a una letra pero no es legible más que visualmente.

–Y, a pesar de ello, hay forma de leerlas.

–Si hay algún lector capaz, sí, se pueden leer.

Cuando salí del estudio de Vicente en Coyoacán ya era de noche. En el auto, de vuelta a casa, pensé en una pregunta que no hice, tal vez la más importante de todas, así que la escribí en un mail y lo envié a su mujer (Vicente no utiliza máquinas, dice que uno de los grandes asombros de su vida fue aprender a manejar un automóvil. Nunca utilizó una computadora para su trabajo como diseñador editorial “sé lo que se puede hacer, pero nunca he apretado una tecla”, asegura).

Un par de días después llegó su respuesta: “Mis criptogramas o alfabetos son tan secretos que ni yo mismo quiero descifrarlos.”

Verónica Gerber Bicecci

Ciudad de México, noviembre de 2013

Las fotos de Nicola Lorusso forman parte del libro *Estudio Rojo*, próximamente en Auieo.



Foto: Auieo ediciones